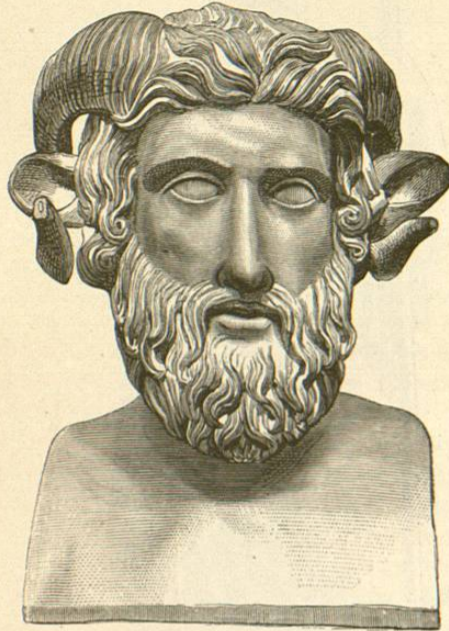


hombre divino,» porque el hombre de la tierra fué creado á su imagen.

Este primogénito del Dios creador del universo es el *Verbo interior*, ó la Sabiduría divina que gobierna el mundo. A su vez engendró el *Verbo pronunciado*, ó la palabra, el Espíritu que vivifica los seres por la gracia. «Virgen celeste que sirve de mediadora entre Dios que ofrece y el alma que recibe.» ¡Cuán lejos está de Jehovah y de Moisés este judío que despierta una de las antiguas creencias de la raza ariana, pero también cómo prepara la alianza entre los hombres de la antigua y de la nueva ley (1)!

Numenio que decía del gran judío alejandrino: «¿Es Filón quien *platoniza* ó Platón quien *filoniza*?» admitía una trinidad análoga, formada por emanación del Dios supremo.

El Dios de los estoicos, perdido en el seno del universo,



Amón (2)

venía á ser pues el Dios personal, increado, eterno, que lo había producido todo y gobernaba la creación por su Verbo, como César gobernaba el imperio con su sabiduría (3): un solo Dios, un solo príncipe; las dos creencias se atraían; y más tarde se dirá: una ley, un rey.

Este concepto que se encuentra á principios de nuestra era en Alejandría, que proclaman con variantes, en aquel momento insignificantes, Plutarco en tiempo de los Flavios, Aristides en el de los Antoninos, Máximo de Madaura en el de Teodosio, y los platónicos en todos tiempos, continuó pues en los cuatro primeros siglos del imperio, y puede llegar á estos términos que constituían el fondo de la enseñanza teológica en la escuela de Platón: Dios, inaccesible para nosotros en su esencia, se manifiesta en el mundo exterior por la armonía de la creación; en el corazón del hombre por la conciencia; en el mundo de las ideas por el Verbo, arquetipo de la verdad, de la belleza y del bien, verdad eterna que alumbra á los hombres, me-

(1) Sin embargo, la doctrina del Verbo está ya contenida en el *Eclesiástico*, en el *Eclesiastés* y en el libro de la *Sabiduría*, de donde San Juan lo tomó para elevarlo á mayor altura.

(2) Hermes de mármol encontrado en Herculano (Museo de Nápoles, núm. 114).

(3) Quintiliano (*Inst. orat.* V, 10) dista poco de establecer como un raciocinio necesario, que puesto que había una providencia universal, necesitaba el imperio una sola cabeza.

diador divino entre la humanidad y Dios. En una palabra, dos grandes conceptos se levantaban por encima de las creencias desordenadas: el de un primer principio, el Dios único, y el del *lógos*, á la vez providencia de Dios y luz de los espíritus.

Estas ideas tomaban tanto predominio que San Justino consideraba la filosofía pagana como reflejo inconsciente y oscuro del Verbo divino, cuya brillante y completa revelación había sido Cristo. Bajo la forma cristiana de las tres hipóstasis de una misma y sola naturaleza: el Padre, ó la esencia divina; el Hijo, ó su inteligencia creadora; el Espíritu, ó su poder vivificador, la creencia en el Dios único y en su Verbo iba á ejercer un prodigioso imperio.

Este Dios omnipotente, padre de los hombres, les debe justicia. Para mostrar que se les hacía esta justicia, era menester admitir otro dogma, el de la inmortalidad del alma. En la Grecia de Homero y en la Palestina de los antiguos días, esta creencia era oscura. Los muertos de los griegos y de los romanos tenían en los Campos Elíseos una vida menos incierta que los *rephaim* de los judíos en su *scheol* (4). Pero aunque esta sombra de vida fuera una miserable recompensa, ciertos filósofos de los últimos tiempos de la Grecia creían que era aun conceder demasiado á la naturaleza humana. Los epicúreos, para quienes los dioses no eran más que fantasmas, terminaban necesariamente nuestro destino aquí abajo. Los cínicos pensaban lo mismo. «¿Es el alma inmortal? se preguntaba á Demonax. — Sí, contestó éste, como todo lo de más;» y ya hemos visto su definición del hombre libre: «El que no teme ni espera nada.» Plinio el Antiguo no creía en otra vida, y su sobrino hacía consistir la inmortalidad en vivir en la memoria de los hombres. Los peripatéticos estaban en el mismo sentimiento. El hombre á quien se llamó en el siglo tercero el segundo Aristóteles, Alejandro de Afrodiasias, sostenía que su maestro no pensaba de otra manera. Buen número de estoicos estaban en lo mismo, á ejemplo de Cenón, y el más perfecto de ellos, Marco Aurelio, no sabía si todo acababa en la muerte (5). Galeno, que habla tan bien del Dios único, queda indeciso en la cuestión de inmortalidad. «Conocimiento, dice, que no es absolutamente necesario para el logro de la salud ó de la virtud.» Tácito también querría creer, con el autor del *Sueño de Escipión*, «que hay un lugar reservado para los hombres virtuosos y que las almas grandes no se extinguen con el cuerpo.» Sin embargo, no encuentra para el supremo adiós más que estas palabras: «Reposa en paz,» que no expresan como el *Requiescat in pace* de los cristianos el reposo precursor de la resurrección.

Nunca está uno cierto de asir el ondeante pensamiento de Séneca. Bien decía: «¿Me prohibirás que procure penetrar los secretos del cielo y querrás que esté siempre con la cabeza inclinada á tierra? Yo he nacido para mayores cosas.» Entonces, arrebatándolo Platón en sus alas, ve las almas de los justos morar durante algún tiempo por encima de nuestras cabezas para purificarse de toda mancha y

(4) Los *rephaim* no están en el *scheol* condenados á eterno sueño, como lo prueba la historia de la pitonisa de Endor; pero la doctrina de las penas y recompensas no se encuentra en los libros Sapienciales del Levítico, del *Deuteronomio* y del libro de Job. Situada entre Egipto y Persia, es decir, entre los dos países que han profesado la creencia más firme en una vida futura, la Judea acabó por fijar las incertidumbres de sus patriarcas sobre esta cuestión y unir al gran principio de la unidad divina el de la resurrección y el del juicio de los muertos. Hasta después de la cautividad, sobre todo hasta el tiempo de los Macabeos, no se hizo popular esta creencia.

(5) La escuela estoica creía, sin embargo, en una inmortalidad temporal hasta la combustión del mundo en que todo acabaría.

lanzarse luego á las regiones etéreas y mezclarse en la sagrada multitud de bienaventurados, que beben toda la ciencia en la fuente de la Verdad (1). Por desgracia acababa de decir en el mismo tratado: «Persuadete bien de que los muertos no sufren ningún dolor. Ese infierno que se nos ha pintado tan terrible no es sino una invención de los poetas. La muerte es la liberación, y nos vuelve al tranquilo sueño de que gozábamos antes de nacer (2).»

Estas ideas estaban más propagadas de lo que se cree. «Ya lo sabes, dice Plutarco á su mujer: hay quien pretende persuadir de que la muerte es la liberación y remedio de todo mal.» Algunas inscripciones hablan, como del reposo eterno, de la eterna seguridad. «En otro tiempo no existía; hoy no existo ya; pero no sé nada y poco me importa.»

He aquí una que es sin duda de un letrado: «En el Hades no se encuentra barca, ni Caronte, ni Eaco, ni Cerbero. Todos nosotros, los que envía aquí la muerte, sólo somos huesos y cenizas (3).» Otros recuerdan las brutales alegrías de la vida y aconsejan disfrutarlas. «Vosotros que vivís todavía, comed, bebed, divertíos; después venid aquí, donde, dice otra inscripción, no hay ya risa ni alegría. — Mientras he vivido, he vivido: lo que he bebido y comido es lo único que ahora me hallo.» Esta inscripción es de un soldadote, y todavía era más innoble la que hizo romper el papa Urbano VIII. Algunos paganos no tenían más pudor en la muerte que habían tenido en vida, y siempre hay de estas almas inmundas que sin fe ni conciencia son víctimas de los más bajos y vergonzosos instintos.

Sin embargo, era mucho mayor el número de los espíritus á quienes ni el cielo vacío ni el Dios-Naturaleza bastaban. En una estela funeraria se ven Edipo y la Esfinge: la vida pidiendo el secreto de la muerte. Pero la muerte no entrega nunca su secreto, y en medio de esta nada que algunos aceptaban, otros se rebelaban hasta negar la vida. «Morir, decían después de Heráclito, morir es despertarse.»

Dos escuelas ofrecían un refugio á estas almas enamoradas del espiritualismo: la pitagórica con su gran doctrina de la migración de las almas, y por consiguiente de las pruebas y purificaciones sucesivas, y la platónica con sus esperanzas de inmortalidad, aun inciertas en el maestro, pero que ya precisaban y afirmaban los discípulos. Las dos iban á reunirse en la escuela de Alejandría, que se esforzará en dar nueva vida al politeísmo; por una parte explicándolo con alegorías y metafísica; por otra, sometiendo con un poderoso esfuerzo de eclecticismo las tradiciones religiosas de todos los pueblos al examen superior de la filosofía: distinciones sutiles, interpretaciones ingeniosas, asimilaciones forzadas, buenas para ingenios refinados, pero incomprensibles para la multitud y por consiguiente sin acción sobre ella. Pero esta escuela no comienza hasta 193, con Ammonio Saccas: su historia pertenece pues al período siguiente.

Plutarco, que procedió sobre todo de Platón, hizo un vigoroso esfuerzo para defender el dogma del Dios único, de su providencia y de la inmortalidad del alma. A los epicú-

(1) *Ad Marc.* 25.

(2) *Ad Marc.* 19 y *Epist.* 24: *Mors nos consumit... Consumptis nil restat.*

(3) C. I. G. n.º 6298. Las burlas de los letrados no mataron al viejo Caronte, pues vive aún en las creencias populares de la Grecia moderna, donde el uso de poner entre los dientes del muerto el óbolo que exigía el barquero fatal hubo de perpetuarse hasta plena Edad media (Friedländer, *op. cit.*, t. III, p. 632). También se ofrecen al muerto los llamados *kollyra*, especie de panecillos ó tortitas de trigo, pasas, almendras y cascos de granada (Damont, *Mem. sobre los bajo-relieves representando el banquete fúnebre*).

reos, que para librar al hombre de los terrores del infierno, le quitaban la esperanza de la eternidad, contestaba el sabio de Queronea: «¡Desgraciados los que cerráis las puertas de otra vida! Os asemejáis al pasajero azotado por la tempestad, que decía á sus compañeros de viaje: No tenemos ya piloto que nos guíe, ni podemos contar con los Dioscuros para calmar los vientos. A bien que muy pronto nos estrellaremos en los escollos y nos tragará el abismo del mar.» Otro platónico, Máximo de Tiro, escribía: «El alma generosa verá sin pesar la decadencia y disolución del cuerpo, como un cautivo vería hundirse su prisión y venir la luz con la libertad.»

Los corazones amantes no habían esperado á los filósofos para dudar de este aniquilamiento. Algunas inscripciones traen estas palabras que revelan á la vez la resignación y la esperanza: «No es tan malo Plutón. — Cuando mueres,



Baco (4)

no estás muerto. — No, escribe un padre en el sepulcro de su hijo, muerto en el fondo de la Numidia, no, tú no descendes á la mansión de los manes, sino que te levantas hacia los astros del cielo.»

Al otro cabo del mundo romano, una madre hace grabar en la piedra funeraria de su hijo: «Estamos abrumados bajo una cruel desgracia; pero tú, hijo mío, renovado en tu ser, vives en los Campos Elíseos. Los dioses ordenan que vuelva en otra forma el que ha merecido bien la luz del día; es una recompensa debida á tu dócil sencillez. Ahora en un florido prado el iniciado marcado con el sello sacro te agrega al séquito de Baco, en que los ingenios que llevan los canastillos sagrados te reclaman por compañero para conducir al resplandor de las antorchas las procesiones solemnes (5).»

(4) Busto de mármol (Museo de Nápoles).

(5) El estudio de los monumentos figurados ha conducido á M. Ravaisson á las mismas conclusiones que las que resultan del estudio de los monumentos escritos. «A proporción que el tiempo adelanta, los rasgos con que se produce la creencia en otra vida, al principio vagos y confusos, lejos de borrarse, se pronuncian y precisan. Del destino de las almas, se forman ideas cada vez más altas; se tributan á los muertos honores cada vez mayores. Además, estas ideas, estas prácticas se extienden sin cesar á mayor número. Al principio, parece que sólo se tiene en cuenta la suerte de los reyes y los héroes, hijos ó des-

Se puede seguir el desenvolvimiento de esta idea en las transformaciones sucesivas de un mito encantador, el de Psiquis, el alma humana, que purificada por el amor y el dolor viene á ser inmortal.

La filosofía y muchas almas estaban en posesión de esta doble idea: la unidad divina y la vida futura en la resurrección. Se podía renovar entonces con más fuerza la cuestión de las penas y recompensas y llegar á un concepto más claro de la existencia de ultratumba. Plutarco consagró á ella dos tratados, el de la *Superstición* y el de los *Plazos de la justicia divina*, que se cuentan entre sus mejores obras. Una palabra del último resume para él la misión de la Providencia: «Todo culpable es un prisionero de la justicia divina.» Tarde ó temprano, aquí ó en la otra vida, en su persona ó en su posteridad, recibe su castigo.

Los paganos no admitían más que los primeros cristianos la pura espiritualidad del alma (1). Las sombras, materia sutil é incorpórea, sentían aún las necesidades de la humanidad, sus placeres y dolores. Tenían hambre y sed, y de aquí las libaciones y las ofrendas hechas junto á los sepulcros; las comidas fúnebres que en ellos se celebraban, especie de comunión con el muerto; los objetos que había tenido en estimación, depositados á su lado; hasta los sacrificios de seres animados, un caballo, un esclavo que lo sirvieran en otra existencia. Aquiles inmola cautivos para dar á Patrolo un cortejo de honor en los Campos Elíseos, como se entierra al guerrero de las Praderas con sus armas y su caballo de guerra. Al lado del mundo de las realidades se hallaba el mundo, igualmente real para el pagano, de los espectros y fantasmas, benévolos ó terribles.

Estas sombras podían también sentir alegrías morales y sufrir dolores físicos, pues la creencia en otra vida conducía á los que la aceptaban á admitir penas y recompensas. La imaginación popular, tan rica para los tormentos del infierno, fué siempre muy pobre cuando se trató de las beatitudes del Elíseo. Los *bienaventurados* de Homero y de Virgilio llevan una existencia hartamente triste. «No me consuelo de la muerte, dice Aquiles á Ulises; preferiría cultivar la tierra al servicio de algún labrador, á reinar aquí sobre todas las sombras de los muertos.» Los de la multitud aun tenían alegrías más vulgares con dejos de sensualismo pagano.

Para los malditos se había encontrado algo mejor; pero Plutarco en su descripción del lugar de los condenados, queda muy lejos de la terrible grandeza del poeta florentino. A fuerza de vivir, la humanidad ha conocido más torturas, y sus poetas han podido variar los suplicios de los réprobos. A pesar de esta pobreza relativa, el mito de las Furias vengadoras hacía temblar á muchos creyentes, y por incompleta que fuera esta sanción moral, siempre era una sanción.

No todo pecador caía en sus terribles manos: por debajo de la región superior en que vivían las almas virtuosas en eterna serenidad, mas por encima del abismo en que resonaban los gritos de dolor de los condenados, se agitaban arrebataadas por un remolino perpetuo, las almas cuya maldad no era inexpiable. El mismo abismo tenía tres círcu-

pendientes directos de los dioses; con el tiempo, muchos otros participan de las mismas preocupaciones, después todos ó casi todos. La felicidad está reservada á quien se parece á los dioses; es una máxima antigua que subsiste inmutable. Con el tiempo se adquiere semejanza con los dioses, ó lo que es lo mismo, perfección, ideas que permiten á todos aspirar á ello» (Ravaisson, *Monum. de Myrrhine*, etc., 1876).

(1) Tertuliano, de *Anima*, 5... *animam nihil esse, si corpus non sit*. San Basilio, San Atanasio, San Jerónimo y aun á veces San Agustín tuvieron este concepto material del alma.

los, tres grados de suplicios, unos menos duros, otros más terribles. *Pena* ó el Castigo presidía el primero; *Dike* ó la Justicia el segundo, y *Erinis* ó la Venganza el tercero.

Esta página del tratado de los *Plazos de la justicia de Dios* hace pensar en la Divina Comedia del Dante y en el purgatorio de los cristianos. El poeta más popular de la antigüedad romana, Virgilio, tenía una doctrina análoga.

«Ciertas almas, dice, están incesantemente batidas por los vientos; otras se purifican por el fuego. Después de mil años quedan limpias de las manchas de la tierra; pero es para volver á habitar nuevos cuerpos.» La semejanza no va más lejos.

En cuanto á los cristianos, la otra vida es la vida verda-



Despedida de Admeto y de Alceste (2)

dera; para los paganos, esta era la más segura, y en el concepto del mayor número, la mejor. Así, muchos sentían verdaderos terrores al acercarse este momento en que siempre remuerde la conciencia. Con la iniciación en los misterios se procuraba ponerse en estado de gracia y con purificaciones y plegarias se esperaba libertarse de las expiaciones de ultratumba.

No corresponde al historiador decir lo que puede faltar á todas estas filosofías de rigor científico, pero está obligado á inquirir cuál ha sido su influencia en la sociedad. La lógica no gobierna el mundo, y son más eficaces que los silogismos mejor contruídos las palabras que despiertan

(2) Anfora etrusca de la colección de Luynes, en el gabinete de Francia. Alceste echa los brazos al cuello de Admeto. Detrás del rey, un genio alado tiene una serpiente en cada mano y detrás del genio se abre la entrada de los infiernos. A la derecha de Alceste levanta Caronte un pesado mazo.

en el corazón los sentimientos en él dormidos: pueden dar testimonio de ello Séneca y Plutarco, que sin ser grandes filósofos, ejercieron sin embargo grande influencia en la educación general.

Ahora bien, las inscripciones de los sepulcros, las imágenes que en ellos se encuentran, las representaciones mitológicas que se complacían en representar; Proserpina devuelta á la luz del día, Alceste esperando á su esposa, Hércules triunfando de la muerte y las escenas alegres ó la tranquila felicidad de la vida elísíaca, que reproducían tantos bajo-relieves funerarios, prueban la preocupación de otra existencia.

Esta creencia arrastraba la de comunicaciones habituales entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. En la vigilia ó en el sueño, singularmente de noche á la sombra de los bosques, se creía ver á los espíritus de los que se había amado, los espectros fúnebres, larvas ó lemmures, cuya siniestra influencia se temía, y el alma irritada de los que habiendo perecido de muerte violenta, habían quedado insepultos. En esta otra existencia parecían haber adquirido un poder terrible ó benéfico: así, para aplacar á los manes se celebraban tres fiestas anuales, el 24 de agosto, el 5 de octubre y el 8 de noviembre, abriendo el *mundus*, fosa profunda consagrada á las divinidades infernales, y por donde salía entonces la multitud «de los espíritus silenciosos.» Dion Casio, Filostrato y Pausanias veían espectros en todas partes, y Plinio el Joven creía en los apariciones.

Estos muertos, entre los cuales se vivía, porque los sepulcros estaban situados á la entrada de las ciudades, á lo largo de las grandes vías públicas; estos genios, que vagaban sin cesar al rededor de los vivos, eran interrogados en anhelo de penetrar por ellos el pavoroso porvenir y de aquí las evocaciones, los encantamientos, los sacrificios mágicos, que solían ser abominables maldades, como aquellas inmoluciones de niños que hicieron algunos emperadores y de que fueron acusados calumniosamente los cristianos. El romano Apuleyo que pone en acción el arte infernal de los hechiceros de Tesalia, prueba cuán preocupados estaban los hombres de aquel tiempo de los misterios de ultratumba y del mundo de los espíritus.

No hay que buscar en esta creencia un dogma bien definido, bien que datara de lejos, porque Platón y Pitágoras lo enseñaban (1), y todavía puede remontarse á mayor antigüedad. La repugnancia al aniquilamiento y la necesidad de explicar el mal sin comprometer demasiado á los dioses, habían poblado el mundo inferior y el espacio intermedio entre el cielo y la tierra de seres innumerables (2), almas de justos ó genios tutelares, almas de réprobos ó demonios maléficos.

De esta creencia vaga y flotante, pero tanto más popular, hubo la filosofía de sacar la teoría de los genios, doctrina cómoda para conciliar la idea de la unidad divina con el respeto de la religión oficial. Ejecutores de los de-

(1) La doctrina de Platón sobre los demonios se encuentra sobre todo en el *Fedón* y en el *Banquete*. «Los demonios, dice en su último libro, llenan el intervalo que separa el cielo de la tierra y constituyen el lazo que une el gran todo consigo mismo. Como la divinidad no tiene nunca comunicación directa con el hombre, por medio de los demonios se comunican los dioses con él en el sueño ó en la vigilia.»

(2) *Banquete*, 28. Cf. Maury (*op. cit.* III, 424). Henzen da en su Índice (p. 27-29) la curiosa lista de nombres de genios suministrados por las inscripciones. Entre los *grafiti* de los *excubitoria*, ocupados en Roma por los *vigiles*, se encuentra una invocación al *Genio del cuerpo de guardia*, y en una inscripción dáica, otra al *Genio de las contribuciones indirectas*. Un veterano consagra, para la salud de los emperadores, un *Hércules defensor genio centuria* (Orelli, 941).

cretos de la Providencia, estos genios ó demonios estaban en relación continua con la tierra, fortaleciendo á los buenos, como los ángeles custodios de la Iglesia, espantando á los malos y presidiendo á todos los actos de la vida civil y religiosa.

Parecía que se pudiera dar cuenta del bien y del mal por la acción de este ejército poco disciplinado cuyo jefe residía en el fondo del Empíreo, tranquilo en sus impene-trables designios. Las recriminaciones de la tierra no llegaban ya hasta el autor de todo bien, deteniéndose en los genios maléficos, autores de todo mal, los cuales debían responder de ello un día ante el Juez supremo.

Máximo de Tiro, que acaso fué maestro de Marco Aurelio, había viajado mucho, como Dion Crisóstomo, y como él discurredo grandemente, propagando con sus discursos los preceptos de una sana moral y la creencia de la inmortalidad del alma; y trata á menudo de la teoría de los genios. «Las almas, dice, transformadas en demonios, conservando un triste recuerdo de su existencia pasada, son felices en la que han encontrado. Se afligen de la suerte de sus hermanas, detenidas aún en las borrascas de la vida, y se complacen cerca de ellas sosteniéndolas ó levantándolas cuando se deslizan ó caen en la pendiente del mal. La divinidad les ha dado la misión de venir en ayuda de los buenos, de socorrer á los que sufren y castigar á los que hacen mal.»

»Voy, añade en otro lugar, voy á aclararte con una imagen lo que quiero decir. Figúrate un gran reino, un poderoso imperio, en que todos arreglen espontáneamente sus actos á la voluntad de un rey único y superior á todos en poder y majestad. Los confines de este imperio no son el Halis, ni el Helesponto, ni la laguna Meotis, ni el Océano, sino arriba el cielo y abajo la tierra.

»En la parte más elevada de este imperio el rey reside inmóvil como la ley y la regla soberana, distribuyendo á los pueblos la vida y la salud, que dependen de su poder. Pero este dios tiene por compañeros de su imperio innumerables dioses, de los cuales, unos invisibles é inmóviles, más allegados al rey por su naturaleza, permanecen á las puertas del santuario, mientras los otros, móviles y visibles, los obedecen, como ministros suyos, á quienes todavía están otros sujetos. Ya ves así con el pensamiento la jerarquía y cadena infinita que desde el cielo desciende á la tierra... Sí, en este conflicto y diversidad de opiniones sobre la naturaleza divina, todas las legislaciones y creencias de la tierra convienen en el punto de que hay un solo Dios, padre y señor del universo, y que muchos otros seres divinos le están subordinados, siendo los hijos y como los ministros de aquel rey supremo.»

Apuleyo pensaba lo mismo (3). Pero si los dioses honrados con tantos nombres no eran más que la personificación de las fuerzas puestas en juego por el poder divino, no había razón para negarles un homenaje que remontaba al soberano común una vez admitida aquella interpretación.

Ninguna de las escuelas filosóficas atacaba pues directamente el culto establecido, no menos la de Epicuro que la de Cenón (4). Como Sócrates, sus discípulos, cualquiera

(3) «Los dioses supremos no tienen ningún contacto con los seres que viven en la tierra; pero hay potestades intermedias entre el hombre y la divinidad, y son los genios ó demonios, intérpretes de nuestros deseos y mensajeros de los beneficios celestes. Estos genios ocupan el espacio aéreo entre el cielo y la tierra» (*De Deo Socratis*). Este libro de Apuleyo es una elocuente exposición de la moral socrática.

(4) Plutarco (*Contradicciones estóicas*) presenta á los discípulos de estas dos escuelas sacrificando á los dioses. Sin embargo, combatían,

que fuese el nombre que tomaran, sacrificaban en todos los altares, y con esto evitaban el peligro en que los cristianos caían. No había en esto ninguna hipocresía. Plutarco, gran sacerdote de Apolo, ejercía sus funciones sacerdotales con todo el celo de un viejo creyente. En ello encontraba dulce complacencia, sin ningún embarazo para su conciencia. Los genios se lo explicaban todo y salvaban para él el dogma del Dios único y bueno.

Con esto, uno de los primeros adversarios dogmáticos de los cristianos, el filósofo Celso, declaraba no ver ninguna diferencia entre los ángeles de la nueva doctrina y los demonios de Platón. Los Padres de la Iglesia aceptaron también la demonología platónica, pero retorciéndola contra el politeísmo, y explicarán por este poder satánico los oráculos y los milagros con que pretendía autorizarse el paganismo.

No hemos hablado todavía de los *gnósticos*: era bueno reservar para el fin de nuestra reseña el hecho intelectual que caracteriza mejor la época que estudiamos: la pugna de dos sistemas. Gracias á la *pax romana*, los pueblos no se hostilizaban ya; pero las filosofías y las religiones pugaban entre sí, rompiendo contra el adversario sus formas particulares y cambiando todas sus ideas, sus ritos, y aun el traje de sus sacerdotes hasta que casi todas se reunieron en el catolicismo, es decir en la universalidad.

La *gnosis*, la expresión más completa de esta confusión, fué su resultado natural. Compuesta de elementos tomados de las doctrinas entonces dominantes en el imperio, judíos y cristianos, politeístas, y aun de las religiones de la Caldea, de la Persia y acaso de la India, no era ni una filosofía ó sistema racional, ni una religión, es decir, una ley, un libro, un texto sagrado. La imaginación desempeñaba aquí el oficio principal y hacía correr al espíritu todas las aventuras. Adeptos de una ciencia misteriosa, que llamaban ellos emanación directa de la divinidad, los gnósticos no tenían cuerpo de doctrina, ni estaban por consiguiente unidos por el lazo de un mismo dogma ni por la disciplina de una misma Iglesia: con esto la *gnosis* tiene mil fases. Al lado de las prácticas más groseras, se ve el más alto espiritualismo; en el fondo era una escuela de misticismo, es decir, de desorden religioso, á las veces, de inmoralidad, en razón de su orgullosa indiferencia respecto de las obras. Así, Basílides enseñaba que los *perfectos* se habían elevado, á fuerza de piedad, por encima de toda ley y que ningún vicio era una mancha para ellos. La *gnosis* debía ser y fué en efecto la madre de las numerosas herejías que después de haber turbado el imperio, reaparecerán amenazadoras en plena Edad media (1).

He aquí bastantes y diferentes sistemas; tienen, sin embargo, una tendencia común: el desprecio de la carne, el culto del espíritu, y la creencia cada vez más arraigada de una providencia divina. Toda filosofía tiende entonces al idealismo, toda religión al misticismo. El mundo marcha hacia el porvenir por estas dos vías que suelen confundirse; y entre los herederos de Catón y de Fabricio, en aquel pueblo de labradores interesados ó de usureros codiciosos, hay muchos ya poseídos de místicos fervores. Las pobla-

especialmente Epicteto, la adivinación que, personal en el consultante, no tenía el lazo necesario con el culto público, de modo que no practicarla no era una rebeldía contra la religión oficial.

(1) Sobre la *gnosis*, V. Matter, *Hist. del gnosticismo*. Un movimiento análogo de espiritualismo confuso, de interpretaciones y alegorías, daba también origen en los comienzos del cristianismo, á la cábala, cuyas doctrinas místicas y panteístas á la vez, ha expuesto M. Franck en su libro sobre la *Cábala ó la filosofía religiosa de los hebreos*.

ciones de las provincias orientales, donde la exaltación religiosa es endémica, fueron las primeras que se agitaron; las del Occidente cedían poco á poco. Entonces se comprende que será posible hacer abandonar á estos hombres la tierra cuya posesión tanto los complace por el cielo que se les va á dar en esperanza.

Ya vemos cómo se hacía, por la corriente del siglo, la *preparación evangélica*; cómo se ordenaba todo poco á poco en el mundo pagano para el triunfo de las ideas espiritualistas que se habían abierto paso en la enseñanza de Anaxágoras, de Sócrates y de Platón, de una manera filosófica; en los misterios, bajo la envoltura de los símbolos, y cuya forma religiosa, es decir popular, será el cristianismo.

Lo mismo sucede siempre. Ni en la historia ni en la naturaleza hay revoluciones repentinas. Las creencias que mueren se encuentran con las que llegan á la vida. Como los continentes cambian con lentitud sus formas, con lentitud también hacen las ideas su camino en la humanidad, y los que una nueva doctrina considera, después de su triunfo, como enemigos, no han sido á veces sino precursores.

VI.—EL CRISTIANISMO.

Si tuviéramos que hacer la historia interna del cristianismo, deberíamos reconocer y seguir otras corrientes de ideas que han contribuido á formar el río inmenso. No impunemente habían vivido los judíos entre los sectarios del Avesta y se hallaban en medio de una sociedad tan agitada por el pensamiento religioso. Desde Alejandro, todo el Oriente helénico estaba en trabajo de renovación. En el viejo Egipto, hasta en la Palestina, se hacía uso del procedimiento de que se habían servido los filósofos griegos para la explicación de las fábulas religiosas. La Biblia no era un texto imperativo; los judíos de la escuela de Tiberíades, los de Alejandría sobre todo, practicaban la máxima de San Pablo: «La letra mata; el espíritu vivifica,» y Filón nos ha demostrado, cuántas innovaciones hacían aparecer estas libres interpretaciones. Pero el estudio de los orígenes cristianos y de la exégesis del Nuevo Testamento no son de la competencia de la historia política. Esta no tiene el derecho de tratar del cristianismo hasta que vino á ser un hecho social, es decir cuando llegó á interesar á una parte del pueblo y llamó la atención de los poderes públicos. Era, al contrario, un deber para ella estudiar la evolución producida por la influencia de la filosofía griega en el seno de la sociedad romana. Importaba hacer ver cuántas causas concurrían entonces á crear el nuevo espíritu, que bajo la dirección de la Iglesia, iba á conducir el mundo greco-latino á vías por las cuales no había andado aun.

En otro lugar vimos la confusa aparición del cristianismo en la capital del imperio desde el tiempo de Nerón y Domitiano; la prueba de los progresos que sordamente hacía en época de Trajano, el valor de sus apologistas en los reinados de Adriano y de Antonino, y el heroísmo de los mártires bajo el poder de Marco Aurelio.

A la muerte de este príncipe, contaba el cristianismo siglo y medio de existencia, que había invertido en precisar la doctrina del Dios personal y múltiple, del Verbo encarnado, revelador de la palabra divina y redentor de la humanidad caída, del Espíritu que ilumina las almas por la gracia, de la fe que las salva, de la resurrección de la carne para la recompensa de los buenos y el castigo de los malos. Había redactado sus escritos canónicos, regulado su culto y la disciplina de la primera fase de su existencia.

Por el dogma de la comunicación del Espíritu Santo en la Iglesia, había preparado sus desarrollos ulteriores y cons tituido el poder doctrinal de los obispos, que estaban investidos de la doble autoridad conferida por la elección popular y por la consagración religiosa. El número de obras que la Iglesia declaraba apócrifas, el de las herejías que había impugnado ya, probaban su vitalidad (1).

Durante mucho tiempo no se había propagado la fe sino en las capas inferiores de la población (2) adonde llevaba consuelos para todas las miserias, y aquella virtud, la caridad, que habían enseñado desde el principio Cristo y San Pablo. Condenaba la riqueza que le parecía «fruto de iniquidad ó herencia de injusticias (3)» y amaba la pobreza, el sufrimiento, como la condición del rescate de la vida terrenal. Los filósofos, que sólo abrían su cielo á las almas escogidas, á los espíritus elevados, le aquían por esta solicitud para con los humildes. «Mientras los demás cultos, decía uno de ellos, llaman á sus ceremonias á aquellos cuya conciencia está pura, los cristianos prometen el reino de Dios á los pecadores y á los insensatos, es decir á los malditos de los dioses.» Hablando así Celso, marcaba bien el punto esencial: la redención en la Iglesia y no fuera de la Iglesia, por la fe común, y no ya solamente por el esfuerzo individual.

Al contrario ¡cuán dulces eran á los oídos de los desheredados estas palabras de igualdad ante Dios, del rescate de las almas por el Hijo del Eterno ultrajado, escarnecido, azotado y muerto en la cruz de los esclavos! La pasión de Cristo era su propia historia, y la Buena Nueva parecía traída, sobre todo, á los pequeños. El héroe de los antiguos tiempos había sido el fuerte, Hércules ó Teseo, después el sabio; el héroe de los nuevos tiempos iba á ser el santo, y todos podrán serlo, porque no por la fuerza ni por la ciencia, sino por el sentimiento, iba el cristianismo á conquistar el mundo.

Para la enseñanza ordinaria, nada entonces de ambiciosos sistemas ni disputas sutiles sobre la esencia de las cosas; nada de minuciosos preceptos ni de ley difícil de comprender. La salud es la fe en aquel «que se ha hecho visible, á fin de atraer á los hombres al amor de las cosas invisibles;» y el Espíritu que inspira donde quiere, la da por la gracia. La ley es el *Sermón de la montaña*, con las adorables parábolas que lo embellecieron. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.» Para obtener el cielo, no es menester más que creer y amar. Platón había llegado al mismo punto que el cristianismo, cuando puso la regla de la moral en la imitación de Dios *Ὁμοιωσις τῷ Θεῷ*. Pero su Dios no es un hombre, y el ideal que propone es inaccesible. Tertuliano, al contrario, pudo decir: «Después de Jesús, no tenemos nada que aprender; después del Evangelio, nada tenemos que buscar.» He aquí el modelo y la regla.

La teología cristiana, á pesar de la oscuridad en que la envolviera San Pablo, estaba llena de vida y de luz: se personificaba en un Dios absolutamente separado de la naturaleza en que Marco Aurelio le envolvía aún; y en el Hombre-Dios, vencedor del mal y de la muerte, ofrecido

(1) Treinta y dos, al decir del autor del tratado *Philosophumena*, ó refutación de las herejías, escrito entre los años 230 y 240, y atribuido al obispo Hipólito; pero buen número de estas herejías provenían de los gnósticos que sólo eran cristianos á medias.

(2) Sin embargo, Plinio decía ya de los cristianos: *Multi omnis aetatis, omnis ordinis utriusque sexus*.

(3) Bourdaloue, según San Jerónimo, en el sermón sobre las riquezas.

á los hombres como tipo de perfección; más tarde será propuesta á las mujeres la imitación de la Virgen Madre y de su amor infinito. Metafísica sin sombras, en que sin embargo, encontraban materia para las más altas especulaciones grandes y poderosos espíritus; cielo sin nubes, en que parecía que todo se podía ver, palpar y comprender.

Ahora bien, en la lucha entre creencias, la victoria es siempre de aquella que tiene fórmulas más precisas, símbolos mejor determinados. El dios supremo de la raza ariana, Júpiter, había sido el *Cielo Padre* (4); el cristianismo lo reemplazaba con «el Padre nuestro que está en los cielos,» y este cambio era toda una revolución.

El culto era puro: nada de sacrificios sangrientos ni nada que no tendiera á despertar los mejores sentimientos de nuestra naturaleza: cantos, oraciones, la lectura del Evangelio y el gran acto de la comunión directa con Dios. Si algunos que hacían ya del cristianismo la religión del Dios de las venganzas, querían darle aspecto triste y lúgubre, para el mayor número era la religión del Buen Pastor, que vela por su ganado, que lo defiende contra los lobos rapaces y que trae sobre sus hombros la oveja descarriada. Esta imagen de gracia, de bondad y amor, con frecuencia repetida en las más antiguas catacumbas de Roma, era entonces el símbolo preferido de la fe cristiana. Como en esta todo era esperanza, todo hasta en la muerte respira dulzura y tranquilidad. Una paloma representaba el alma elevándose á los cielos; un cordero la reunión de los fieles; una sola vid, cubriendo los muros de la cámara sepulcral con sus frondosos sarmientos y sus dorados racimos, indicaba con símbolo también gracioso la unidad de la Iglesia, sus progresos y los frutos abundantes y dulces de la fe.

La cruz, «el signo del Señor,» que la Edad media pondrá en todas partes, con las sangrientas llagas y la trágica figura del Crucificado, es rara en las catacumbas, pero todo hacía pensar en ella: el fiel «que con las manos tendidas eleva á Dios su puro pensamiento;» el navío deslizándose sobre las ondas con sus hinchadas velas colgadas del mástil y de las vergas; el ave que hiende los aires sobre la cruz de sus alas y que parece llevar á Dios una plegaria.

La simbólica cristiana nació de las pastorales evangélicas y de la necesidad de ocultar en los sepulcros á los ojos de los paganos la fe que permanecía visible para los creyentes.

Así, pues, sencilla y profunda en su dogma, pura en su moral, milagrosa en sus tradiciones y apareciendo á los hombres bajo la divina figura del dulce Maestro de Galilea, esta doctrina reunía en sí á la vez todo lo maravilloso que habían menester las almas enamoradas de lo sobrenatural y la elevación reclamada por aquellos que cediendo y todo querían razonar su fe.

A los espíritus inquietos ó desgraciados tráales lo que no encontraban, ó encontraban imperfectamente, en los cultos orientales y en las filosofías: una promesa de salvación, y por consiguiente una esperanza. El espíritu del tiempo quería profecías, exorcismos, milagros: la Iglesia los hacía, porque el cielo los hace siempre cuando la conciencia de las multitudes los pide. «Los discípulos de Jesús, dice San Ireneo, recibieron de su Maestro el don de los milagros. Y exorcizaban á los demonios, y predicaban lo que ha de suceder, y sanan á los enfermos y resucitan á los muertos.»

¿Cuál era su número á fines del período antonino? Tertuliano con su ardiente imaginación veía que los cristianos

(4) *Cielo Padre*. Es el sentido de la palabra Júpiter, el Zeus de los griegos, el Varuna de los Indios, el Ahura-Mazda ó Ormuz de los persas, el Svarogú de los eslavos (Darmesteter, *Rev. de la hist. de las relig.*, t. I, p. 386).